

PRESENTACION DEL LIBRO: MODERNIZACION, AUTORITARISMO Y GUERRA FRIA DE HECTOR LINDO FUENTES Y ERIK CHING.

Comentarios: Deysi Cheyne

Inicio agradeciendo esta posibilidad de comentar un libro cuya lectura he disfrutado profundamente porque me ha permitido mirar hacia un pasado reciente del que he sido parte, tomar conciencia de sus significados y, sobre todo, descubrir realidades y misterios que hasta antes de esta lectura no comprendía muy bien.

A mi entender, este esfuerzo académico de escudriñar esta etapa histórica de nuestra realidad, que constituyó el entorno de una política educativa tan trascendental para la sociedad y el pueblo salvadoreño, resulta crucial para entender mucho de lo que hoy nos desconcierta y nos sigue angustiando.

Nací en agosto de 1957. El año pasado cumplí 60 años. Tenía 11 cuando se anunció la reforma educativa de 1968 y 12 cuando se echó a andar. Estudié en el Instituto Nacional de Ciudad Arce, muy cerca de San Andrés, donde se fundó la Escuela Normal Alberto Masferrer y donde se instaló la televisión educativa. Estaba en segundo año de plan básico cuando la directora nos anunció que el grado se dividiría en dos grupos: uno con televisión educativa y otro con educación tradicional. Me tocó en suerte quedar en el grado con educación tradicional. Y digo en suerte porque al cabo de 6 años, se pudo comparar los resultados escolares de ambos grupos. Nuestro grupo resultó con mejores calificaciones que el otro con televisión y sigo convencida hasta ahora que la televisión no contribuyó a hacer mejores estudiantes como era la propuesta.

Muchas son las anécdotas en mi memoria y muchos recuerdos se activaron en la medida en que avanzaba en la lectura del libro. Tengo en mi memoria escenas sobre mis compañeros en su aula televisada, muy alegres escuchando a Los Beatles durante la clase de inglés: “When I am sixty four” (Cuando tenga 64 años). Pero también recuerdo cuando se quejaban de que el profe solo encendía la tele y se iba a platicar con los otros profes, o cuando los libros aparecían tirados, rotos, descuidados. O, cuando las teles dejaban de funcionar y nadie se preocupaba por arreglarlos. La televisión era la gran novedad que, al mismo tiempo, corría con las novedades de semanas enteras sin clase por las huelgas de Andes 21 de junio, y toda la organización estudiantil interna para acompañar a las marchas de los maestros. Recuerdo muy bien una de las marchas del

71: al pasar frente al Central de Señoritas, unos guardias cargaron sus fusiles amenazando disparar a los estudiantes que gritábamos enardecidos sin medir el peligro al que nos exponíamos. Fueron 6 años intensos, que culminaron con la graduación de dos clases de bachilleres: los sin tele y los con tele. Una parte de mis compañeros se fueron al final del noveno grado a la Normal Alberto Masferrer y salieron graduados de maestros que muy pronto encontraron una plaza para trabajar. Un pequeño grupo había sido tentado por las drogas y en vísperas de graduarnos fueron apresados por la guardia nacional. Los que aspirábamos a entrar a la U tuvimos que esperar más de un año para ingresar, por el cierre después de la masacre del 30 de julio del año 75. Cinco años después, toda una generación de jóvenes nos incorporamos a la guerra; durante 12 años vivimos la mayor experiencia vital que se pueda imaginar, los valores más altos acompañaron nuestra lucha y la vida de las personas más queridas fue ofrecida para conseguir el más noble de los propósitos: que nuestro pueblo superara la pobreza y la humillación en la que había vivido históricamente y recuperara su dignidad y libertad.

Este repaso histórico tan minucioso que el libro hace de este periodo me ha ayudado a entender los hilos políticos e ideológicos que se movieron hasta desencadenar una guerra civil que después de 12 años abrió paso a una nueva etapa de la historia nacional.

He encontrado valioso el hilo conductor que sigue el libro a lo largo de la época estudiada: una reforma educativa marcada por una lucha de clases antes, durante y después de su implementación. El relato permite entender los factores determinantes de esta lucha de clase y las lecciones que tendríamos que aprender si quisiéramos que las cosas fueran diferentes.

Me permito destacar algunos elementos que fueron un verdadero descubrimiento personal:

1. Queda claro que nuestro país siempre ha sido un laboratorio donde se han experimentado procesos, fenómenos, políticas, sobre todo venidas de los Estados Unidos y otras instancias internacionales. La reforma del 68 fue un claro experimento de política exterior de los Estados Unidos. El mayor fracaso de este experimento fue creer que el progreso y la modernidad se puede medir en términos tecnológicos.
2. Qué hizo que el grupo de empleados públicos más leal al régimen, como habían sido los maestros, fueran, en el marco de la reforma educativa, uno de los

sectores opositores con mayor fuerza y legitimidad? A donde estuvo el quiebre? Sin lugar a dudas la combinación de modernización con represión fue el error más grande que cometió el Estado salvadoreño

3. Teniendo todos los recursos financieros, políticos y sociales a su favor, el gobierno fracasó en sus objetivos de modernización y “detención del auge del comunismo”. La guerra estalló y con ella se estrellaron todos los propósitos que se buscaban para desarrollar económicamente al país.
4. En la página 412, los autores ofrecen una serie de preguntas que a mi juicio siguen siendo válidas y pertinentes hacerlas en la actualidad. Qué habría pasado si la reforma se hubiera propuesto en un sistema político que valorara una participación amplia de la ciudadanía, donde los maestros, padres, madres, estudiantes, hubiesen participado y opinado sobre la reforma, y hubiesen sido escuchados? O, que el presupuesto se hubiera equilibrado tanto en el gasto en tecnología como en mejoras de bienestar para los maestros. Probablemente no se hubiera tenido la resistencia que se tuvo y el desenlace en el que desembocó. Estas mismas preguntas son válidas hoy. El ministerio de educación de ahora y de los 20 años atrás, no ha mostrado la capacidad para dialogar con su ejército de maestros, y cualquier política educativa que se quiera implementar se estrella contra la voluntad de los que la ejecutan. No funciona ni la represión, ni el autoritarismo, y después de 50 años, da la impresión de no haber aprendido la lección. Un ejemplo de esto es el Programa de los Paquetes Escolares que lleva casi 10 años implementándose. Una política educativa que involucra a miles de directores y maestros para su ejecución no puede echarse a andar sin que opinen de cómo y para qué hacerse.
5. Una de las interrogantes que me sigue quedando es la siguiente: por qué los Estados Unidos y sus organizaciones internacionales siguen viendo a El Salvador como un laboratorio experimental? Un día Pauline decía que podría ser por su pequeñez y la facilidad que representa dirigir programas, investigaciones, diagnósticos, etc., en un país que si bien es densamente poblado, hablamos un solo idioma y la idiosincrasia es más generalizada. Por qué en El Salvador es donde está la embajada norteamericana más grande de América Latina. Por qué El Salvador es el centro de las visitas más importantes de los gobernantes norteamericanos. Recordemos la visita de Johnson en el 68 para anunciar el experimento de la TVE. La visita de Obama en el 2009 para anunciar la Alianza para la Prosperidad. EL Salvador, desde el 2015, es uno de los 12 países a nivel

mundial donde la agenda de Naciones Unidas, la de los ODS, tendrá una implementación saturada hasta el año 2030. FOMILENIO es otra política norteamericana para El Salvador con un componente educativo muy importante.

6. En este marco, no cabe duda que las actuales políticas educativas han sido diseñadas para hacerlas corresponder con este modelo de desarrollo venido desde el Banco Mundial, el BID, el FMI y el gobierno de los Estados Unidos. Por qué invertir tanto en un país que repite y repite los mismos errores políticos y no aprende las lecciones debidas.

Al final de la lectura me quedó una pregunta: qué pasaría si dejáramos de ser conejillos de Indias y retomáramos nuestro destino con nuestras propias manos? Podríamos sobrevivir sin las asesorías extranjeras y los dineros externos? Aprenderíamos por sí solos de nuestras experiencias y encontraríamos nuestro propio rumbo como país. Tengo la convicción de que sí podríamos hacerlo. Necesitamos simplemente responsabilizarnos de esta tarea, despojándonos del miedo aterrador que nos ha paralizado siempre. En el campo educativo, las y los maestros tenemos el poder para aportar a esta transformación.

Este libro, finalmente, es un aporte valiosísimo para iluminar el pasado y entenderlo mejor, pero lo más importante, constituye un aporte a la comprensión del presente que nos signifique esperanza y no más incertidumbre.

Felicito a sus autores: Héctor y Erik, tenemos que reconocer el trabajo intelectual tan prolijo y de alta calidad que nos ofrecen. Su brillante capacidad para vincular la política educativa con la política estatal nos ha ayudado a ver más allá de lo visible y a pensar con cabeza propia.

Nos queda la tarea de seguir excavando cada vez con mayor profundidad en la búsqueda de nuevas luces de esperanza.

San Salvador, 15 de mayo del 2018.